

“En cuanto al sistema adoptado en nuestro país, no os escandalicéis, Señores, si os digo que no me disgusta. Permite muchas veces la Providencia que el golpe destinado á herir sea precisamente el que devuelve la vida, y que el veneno se trueque en savia vivífica que restituye la salud. Al *segregarnos* así oficialmente de todos los demás ateneos; al cerrar la puerta de las carreras civiles á los que se educan bajo la protección de la Iglesia, se nos hace un doble servicio; y prescindiendo del perverso espíritu que la dictó, deberíamos estar agradecidos á los que tal disposición han trazado.

“En efecto, el superior del Seminario tiene más libre su acción, cuando ningún *extraño* hay bajo sus órdenes. El que una vez entra en el sagrado recinto, sabiendo que sólo un camino le es dado recorrer, se halla mejor escudado contra esas tentaciones que perturban á la veleidosa juventud, y sigue impertérrito el sendero que se le traza, obedeciendo sin replicar, estudiando sin tregua, ejercitándose en la piedad y amoldándose á la severa disciplina de la eclesiástica milicia. Así como el capitán que de veras ama su profesión, se complace en mandar soldados aguerridos y huye de las turbas colecticias que sólo introducen desorden en las filas, así el sacerdote envejecido en la educación de la juventud levítica, se regocija al verse exclusivamente entre los suyos, sin esa mezcla tan perniciosa para todos. Es cierto que así como Rénan salió de un Seminario de Sulpicianos, ó un Judas del reducido Senado Apostólico, así podrán abrigar en su seno alguna víbora anti-religiosa los colegios clericales del día; pero esa multitud de perseguidores é impíos que produjeron algunos planteles eclesiásticos de otros tiempos, creo que no hay peligro que salgan hoy de nuestros seminarios reformados.

“Otra inmensa ventaja nos resulta en la actualidad de esa especie de ostracismo á que se ha condenado en masa al clero católico, formado ya ó en vía de formación: y es la libertad que tenemos para normar á nuestro sabor los estudios clericales. Gracias á Dios no hay Universidades donde se vean tentados á graduarse los jóvenes levitas. ¡Curioso había de ser un doctor en Teología borlado en una academia como las que hoy se estilan! ¡Bella figura haría un sacerdote estudiando esas leyes que son todo, menos *ordinatio rationis*! Si alguno toma sus grados entre nuestros sacerdotes, tiene que ser en virtud de disposición

pontificia, y después de exámenes competentes en materias acomodadas á su estado y carácter.

“Entretanto, dejando que se multipliquen planes de estudios y que la educación se agite á cada paso por contrarios vientos, la Iglesia, en el fondo de sus seminarios, sigue cumpliendo con su misión divina de conservar las letras y la verdadera ciencia á las generaciones futuras. ¿Qué importa que nuestros adversarios nos lancen epítetos denigrantes é inventen contra nosotros abominables calumnias? ¿Qué importa que tachen de bárbara la profunda filosofía, que nacida con Aristóteles, revivió con Santo Tomás, y hoy renace con León XIII? ¿Qué importa que califiquen de tiempo perdido los años que hacemos pasar á nuestros jóvenes con Virgilio y Cicerón, con Homero y Horacio?”

A quien tales ideas ha profesado desde niño, sin cambiarlas en el espacio de cuatro lustros, podéis imaginaros si sorprendería ó afligiría en lo más mínimo el acuerdo de la junta de catedráticos del Colegio Civil, que resolvió hace pocas semanas no reconocer los estudios hechos en este Seminario, ó por lo menos no admitir los certificados de sus profesores. Yo os confieso (y lo habréis notado por las palabras que acabo de leeros) que creía que semejante acuerdo estaba ya en vigor desde que llegué á este obispado. Me sorprendió, sí, la alarma que difundió entre las familias católicas semejante disposición, y me dió risa que varios creyeran que yo participaba en esta materia de las ideas que algunos padres de familias, usando del derecho que les compete, y yo les dejo, manifestaron en el periódico oficial de la diócesi, defendiendo lo que juzgaban ser sus legítimos intereses. ¡Manía singular la de atribuirme cuanto se escribe en sus columnas, que muchas veces ni siquiera veo!

Pero si tales son mis ideas, y si la medida que da lugar á estas observaciones no me llama en modo alguno

la atención, no es menos cierto que debo calmar la alarma y la ansiedad de algunos cristianos, buenos pero meticulosos, y responder á ciertos injustísimos ataques que ví estampados en un periódico contra este mi plantel. Procuraré hacerlo en brevísimas palabras.

Quien envía á sus hijos actualmente á un seminario ó colegio eclesiástico, no es, por cierto, para que gocen de las prerrogativas de la educación oficial; sino para que reciban una instrucción más sólida que en otros ateneos, y estén, bajo las alas de la Iglesia, al abrigo de los riesgos del mundo y de la disipación tan común en nuestros días. Poco importa para esto que el Gobierno reconozca ó no nuestros diplomas. ¿Es un niño más sabio porque al pasar de un seminario á un colegio civil deje de examinársele en éste? ¿No es, al contrario, mayor estímulo y mayor garantía el que tenga que sufrir dos exámenes en lugar de uno, y el segundo de parte de enemigos? ¿Por qué, pues, esa alarma de que hablaba hace poco, y cuyos ecos me llegaron cuando practicaba mi visita pastoral? Muy poca confianza debe tener un padre en el talento, la aplicación y aprovechamiento de su hijo, si lo retira de un plantel religioso tan sólo por temor de que sea sujetado á un nuevo examen en el liceo á que pretende incorporarle. Por nuestra parte, no abrigamos semejantes temores acerca de los alumnos que por nuestros maestros sean aprobados. . . . y aun de muchos que no lo sean. Sirva de ejemplo uno de los niños que antes de terminar el curso abandonó este año nuestro Colegio, por miedo no infundado de una mala nota en su carrera, y la obtuvo de primera clase en el examen que sustentó en el Colegio Civil. ¡Pasen, pasen

cuantos exámenes quieran! Tenemos en ellos la suficiente confianza.

Lo que debéis indagar ¡oh padres de familia! es si los estudios son aquí bastante profundos y sólidos, y si la vigilancia y disciplina son tales, que podáis dormir sin cuidado al entregar á vuestros hijos á nuestros profesores y maestros. No quiero, con respecto á lo primero, establecer comparaciones odiosas, ni devolver agravio por agravio; tanto más cuanto que lastimaría la susceptibilidad de algunos de nuestros alumnos, que del Ateneo civil pasaron al nuestro, y que si bien á los principios se sintieron desnivelados, después de algunos meses, con mejor dirección de la que antes habían gozado, se igualaron á nuestros mejores estudiantes. El parangón lo debe hacer el público, y yo únicamente le suministraré algunos datos.

¿Qué diríais de dos ejércitos que se encontrasen en el campo, el uno con baterías de última invención y con toda clase de armas de fuego, el otro con las primitivas flechas y mazas de los antiguos Aztecas? ¿A quién auguraríais la victoria?

Pues nosotros, á pesar de nuestra pobreza, tenemos un excelente gabinete de física, magníficos instrumentos astronómicos, y profesores que conocen perfectamente su manejo. Estas son nuestras baterías y nuestras armas, y podéis verlas cuando mejor os plazca. Preguntad ahora á los que se han constituido nuestros adversarios dónde están las suyas. Indagad cuándo vendrá de París ó de Londres el gabinete que dicen se ha mandado pedir, y á qué puerta llamarán para obtener profesores que sepan hacer uso de tan delicados instrumentos, que apenas

sabrá reconocer quien no los haya visto más que en las viñetas de *Ganot*.

Por mucho tiempo hemos tenido un profesor de francés nacido en el centro de las Galias, acostumbrado á declamar en su idioma patrio, y á escribir en él desde la epístola familiar hasta la aliñada homilía. Decidme ahora si sus alumnos, por poco talentosos que los supongáis, no habrán gozado de inmensas ventajas sobre los discípulos de quien sólo conozca á Francia en el mapa, y haya menester de intérprete cuando se le acerque algún natural de París.

Podría seguir por el mismo tenor presentándoos puntos de comparación; pero de esta enojosa tarea me releva precisamente el acuerdo de los profesores del Colegio Civil, que reunidos en solemne junta, resolvieron, no luchar con nosotros en el palenque literario, no procurar sobrepujarnos en la arena de la ciencia, sino con mano prepotente y feroz sofocarnos, ahogarnos, *aplastar*, en suma, *al infame, écraser l'infâme*, según cierta simbólica expresión. El cuerpo de hombres de letras que á tales medios recurre, confiesa paladinamente su propia inferioridad, y concede gratuitamente á su adversario los honores del triunfo.

Permitidme, no obstante, que ponga en relieve el punto culminante de la superioridad de nuestro Colegio, que es la disciplina interna y la dedicación constante de los infatigables profesores. ¿Qué ventaja hay comparable á ese paternal afecto, á la dulce vigilancia de un cuerpo de sacerdotes que sirven, no por un miserable sueldo, sino por el espíritu que les infunde su celestial vocación; que consagran todo el día y toda la noche al cuidado de

los jóvenes á ellos cometidos; que velan sobre ellos, y con ellos sueñan los breves instantes que pueden consagrar al reposo? Varones de este jaez, aunque sean pocos, equivalen á una legión: con nada podrá un padre de familias pagar sus desvelos; con nada recompensar un Prelado sus afanes para proveerlo de dignos cooperadores.

SEÑOR RECTOR:

Si fué exacto vuestro cuadro al trazar la vida íntima de este Colegio, cuyos superiores y alumnos no forman sino un corazón y una sola alma, demasiado humilde anduvisteis al hablar de vos mismo y vuestros dignos auxiliares. ¡Tanto mejor! La humildad es la virtud más esencial en el sacerdote, y al oiros, así los escolares como el público habrán comprendido que la enseñáis no sólo con la palabra, sino con el ejemplo. A la especial vocación y consiguiente tino para formar sacerdotes, que distingue á la corporación que os adoptó, unís la experiencia de largos años de enseñanza; y no necesito apelar al testimonio de los ilustrados veracruzanos que por tantos años os vieron al frente de su colegio eclesiástico, pues en esta diócesi sois, hace ya tiempo, conocido y estimado, y desafío á la maledicencia á hincar en vos su implacable diente.

Nolite timere, pusillus grex, puedo decir con el Evangelista á la pequeña patrulla de escolares que vos dirigís. Todos los vientos le son contrarios, por todos lados encuentra obstáculos, al parecer insuperables; pero con el auxilio del Señor esperamos que llenará su misión divi-

na. Con todo, no puedo menos que deplorar con vos lo reducido de su número, insuficiente con mucho á las necesidades siempre crecientes de este obispado; y es menester que ambos nos dirijamos unidos á los fieles para procurar su aumento, y tomemos de común acuerdo las medidas necesarias para que crezca nuestra pequeña grey.

Acabo de recorrer una gran porción del obispado. En todas partes me piden más operarios; pero cuando en cada lugar por vía de respuesta, dirijo esta pregunta: *¿cuántos niños de este pueblo tenéis en el Seminario preparándose al sacerdocio?* casi todos bajan la vista y enmudecen. Si de cada pueblo hubiese siquiera dos jóvenes, el número de nuestros alumnos pasaría con mucho de un centenar, y al cabo de algunos años volverían éstos á los lugares de su nacimiento, adornados con el carácter sacerdotal y predicando el Evangelio á sus conciudadanos. ¿Qué cosa más fácil que este medio, que he visto en otras partes producir magníficos resultados?

Aun cuando una mitad ó una tercera parte de los estudiantes que se nos enviaran, al llegar la hora de la imposición de las manos temieran doblegar su cerviz al yugo del sacerdocio, habrían sacado la ventaja de una buena educación literaria, y tornarían bien imbuidos en las doctrinas de una sana filosofía, cuyo estudio es en nuestro Seminario ya bastante profundo, y lo será más en lo de adelante. Los exámenes de los filósofos me han dejado, entre otros, muy satisfecho; y con gusto indecible oí á los alumnos refutar los errores de los neo-platónicos de Alejandría, de los Adamitas y Cainitas de otros tiempos, y de los *Illuminados* del siglo XVI, que

han resucitado en nuestros días bajo el nombre de *espiritistas*.

Muchos creen, Señores, que las cosas de la Iglesia sólo al clero interesan, y que al trabajar, por ejemplo, en pro del Seminario, trabajamos por nosotros mismos. Los que así piensan padecen un error gravísimo. Los fieles, y no nosotros, son los interesados en que los ministros del altar crezcan en número, en virtud y en saber. A vosotros toca proteger este plantel; á mí tan sólo dirigir esta protección. Yo abrigo las mejores intenciones, y haré, como he hecho hasta aquí, los mayores esfuerzos para que el Seminario sea no sólo el primer colegio de la diócesi, sino de muchas leguas á la redonda; pero si el pueblo fiel me abandona, nada conseguiré.

¡Jóvenes seminaristas! Acabáis de oír á vuestro Rector pronunciar vuestras alabanzas, y elogiar vuestra índole dócil y vuestras brillantes disposiciones. Que tales elogios no sirvan para envaneceros, sino para acrisolar más y más vuestra constancia.

